

## Los alimentos en la *Carta Filosófica Médico-Química* (1687) de Juan de Cabriada\*

María Luisa de la Cámara<sup>1</sup>

Recibido: 04/06/2020 / Aceptado: 08/10/2021

**Resumen:** El presente trabajo proporciona una perspectiva epistemológica al tratamiento dado por Cabriada a los alimentos. Las referencias a los alimentos en la *Carta Filosófica, Médico-Química* (1687) son escasas pero relevantes. El examen crítico de los pasajes donde se mencionan determinados productos pone de manifiesto cuál es su interés epistémico para una medicina moderna. El lenguaje tradicional, que distinguía los «alimentos fríos y húmedos» de los «alimentos calientes y secos», deja paso al nuevo lenguaje físico-químico donde se habla de propiedades como la acidez y la salinidad asociadas al movimiento de los átomos y a su configuración. Los cambios afectan también a los remedios, que serán de carácter químico y a base de plantas americanas como la quinaquina. Pese a este cambio, Cabriada no rechaza la medicina antigua en bloque. El incorpora a Hipócrates, que prelude la observación y la experimentación modernas, y rechaza el galenismo tardío (oscuro y confuso) por estar plagado de términos subjetivos.

**Palabras Clave:** Alimentos; fermentación; acidez; Hipócrates; medicina *nova*.

### [en] Foodstuffs in the *Carta Filosófica, Médico-Química* (1687) by Juan de Cabriada

**Abstract:** This article concerns the foodstuffs in the *Carta Filosófica Médico-Química* (1687) by Juan de Cabriada in an epistemological view. The main topic of the article is that references on foodstuff are rare but interesting to modern Medical Science. The Doctor rejects the classical language for diet (like coldness and dampness sensation or hotness and dryness) and he replaces it for physical-chemical properties, like acidity, bitterness, and salinity, fermentation, and effective drugs. In addition, Cabriada proposes chemical remedies in opposition to bleeding. However, he doesn't refuse in all the medical tradition: he distinguishes between galenism (dark and vague) and authentic Hippocratical medicine founded in observation and experimentation. I propose a balanced lecture of Cabriada's book, considering compatible his new perspective, language, and concepts, with Hippocrates's authority conveniently adapted to the new science.

**Keywords:** Foodstuffs; fermentation; acidity; Hippocrates; Modern Medical Science.

**Sumario:** Introducción. 1. De lo que hablan las palabras y de las palabras con las que se habla en la medicina. 2. La Carta de Cabriada, a caballo entre la genuina tradición hipocrática y la medicina moderna. 3. El tratamiento contra las tercianas y el uso de los alimentos. Bibliografía.

**Cómo citar:** de la Cámara, M. L. (2021). Los alimentos en la *Carta Filosófica Médico-Química* (1687) de Juan de Cabriada, en *Ingenium. Revista Electrónica de Pensamiento Moderno y Metodología en Historia de la Ideas* 14, 55-64.

## Introducción

En la *Carta Filosófica Medico-Chymica* de Juan de Cabriada<sup>2</sup>, las referencias a los alimentos como medio para la conservación de la salud y como remedio para curar las enfermedades son escasas. Pero eso no significa que los pasajes relacionados con el nutriente carezcan de interés. Por el contrario, las contadas menciones al uso de determinados productos o

a sus propiedades nutricionales resultan enormemente expresivas de su interés epistémico al servicio del propósito central del libro. Los *loci* sobre los alimentos son interesantes no sólo por su contenido, sino porque dejan al descubierto algunos de los envites de un documento emblemático de la medicina moderna en España: la penuria acerca de un asunto tópico en el galenismo resulta muy significativa. La recuperación y examen crítico de los escasos pasajes sobre alimen-

\* Trabajo realizado en el marco del Proyecto de Investigación “*Galenus Latinus*: recuperación del patrimonio escrito de la medicina europea II” (FFI2016-77240-P, MINECO- Red de Excelencia *Opera Medica* (FFI2016-81769-REDT-MINECO), I.P. M<sup>a</sup> Teresa Santamaría (UCLM)

<sup>1</sup> María Luisa de la Cámara García es profesora en el Departamento de Filosofía, Antropología, Sociología y Estética de la Universidad de Castilla-La Mancha.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1616-9631>

Email: [marialuisa.camara@uclm.es](mailto:marialuisa.camara@uclm.es)

<sup>2</sup> Juan de Cabriada era valenciano e hijo de un médico de orientación tradicional; recibe en Zaragoza su grado de Bachiller en Medicina en 1681 con el patrocinio de Juan Lucas de Casalet, médico de orientación moderna. Es en las Tertulias de Madrid donde termina de forjar su estilo bajo la influencia de médicos experimentales. Con la *Carta* de 1687 se incorpora a un famoso debate iniciado dos décadas antes entre los médicos de corte galenista y los modernos. En 1699 fue nombrado Médico de Cámara regio. Y en 1700 ingresa en la regia Sociedad de medicina y otras ciencias con sede en Sevilla, fundada al parecer, por el novator Juan Muñoz y Peralta.

tos en su contexto permite esclarecer la función que desempeñan en la economía de la obra, iluminando algunas oscuridades textuales.

A efectos metodológicos los textos que tratan sobre productos alimenticios han sido reunidos en dos grupos. La primera serie está integrada por tres pasajes, en los cuales se contienen otros tantos tópicos de la medicina hipocrática aplicados a un estudio de caso: las fiebres tercianas del Conde de Monterrey, cuya enfermedad es descrita en las primeras páginas de la *Carta*. El primero de estos pasajes advierte de los excesos en la comida por parte del enfermo y apunta a sus incorrectos hábitos alimenticios como factores desencadenantes de la enfermedad:

hallé que su Excelencia, fiado en su innata robustez, había hecho algunos excesos en las cosas que llamamos no naturales: y en cuanto a una de ellas que es la comida y bebida, hallé que su Excelencia se podía haber gobernado mejor; porque acostumbra (como otros muchos) a cenar más que come; y por las mañanas, en despertando, beber un vaso de agua fría: y de ahí a media hora, tomar cuatro sorbos de chocolate<sup>3</sup>.

El *segundo pasaje* –cuyo contenido es también objeto de conocimiento ordinario– considera la atención prestada por la tradición hipocrática a la dieta como remedio para hacer frente a las enfermedades:

y por consiguiente, se viene en conocimiento del gran fundamento con que obran los que se dietan y comen poco, para vencer algunos males, principalmente si tienen alguna plenitud o abundancia de flemas y crudezas. Y de esta manera se curan los griegos<sup>4</sup>.

En cuanto al *tercer pasaje*, más extenso que los anteriores y mucho más detallado, constituye una pieza fundamental del libro: en él se discute la etiología de las fiebres tercianas<sup>5</sup>. La causa de esta enfermedad nada tiene que ver, para Cabriada, con el humor cólico, sino que se origina en las crudezas (los *succos crudos*) de la sangre:

A esto se juntan las frutas que se comen, así en el estío como en el otoño, y otros desórdenes; de donde se sigue, engendrar unos *succos crudos* (y no coléricos). Y sobre todo esto, que con lo intenso de los calores del estío y con los desórdenes que llevo dicho, fértiles madres de crudezas; por una parte lo espirituoso se resuelve, por otra se supedita. De donde se infiere, por todos los caminos, que así las tercianas vernaes como las otoñales, no son hijas de la cólera, sino de crudezas y de humores viscosos<sup>6</sup>.

Una vez identificada la causa, el autor se interroga acerca de las propiedades de los alimentos que provocan la aparición de las tercianas, y de aquellos otros que, al contrario, impiden su desarrollo o incluso la remedian. La cuestión no es baladí y afecta a su toma de posición respecto a los fundamentos de la nueva medicina. Cabriada se pregunta:

¿Y por qué la pimienta, el ajo y otras comidas calidísimas no excitan tercianas (antes bien, he visto algunos que se las han curado con pimienta y vino) y las excitan las frutas, los pepinos, la leche y otras cosas frías y húmedas? (...) ¿Y por qué se engendran las tercianas de alimentos fríos y húmedos como son las frutas, legumbres, y alimentos indigestos; y no de calientes y secos, como son las codornices, perdices y otros?<sup>7</sup>.

Los tres primeros textos remiten en términos generales a cosas ya sabidas. En efecto, se trata de tesis suscritas por la tradición médica hipocrático-galénica, que hacen referencia a las denominadas «cosas no-naturales», que tienen en cuenta la comida y bebida, la evacuación, el sueño y el ejercicio, las estaciones del año, los temperamentos, y las pasiones. Para dicha tradición eran criterio dietético las cualidades sensibles de los alimentos: seco/húmedo, cálido/frío (denominadas por el galenismo aristotélico «cualidades primeras»). El cuarto extracto hace referencia concreta al vino, la leche o las frutas.

<sup>3</sup> Los textos citados pertenecen al libro de J. DE CABRIADA, *Carta Filosófica, Medico-Chymica. En la que se demuestra, que de los tiempos, y experiencias se han aprendido los Mejores Remedios contra las Enfermedades. Por la Nova-Antigua Medicina (1687)* Madrid, Oficina de Lucas Antonio de Bedmar y Baldivia, 12. En la portada interna reza este otro título con alguna variante: *De los Tiempos y Experiencias el Mejor Remedio al Mal, por la Nova-Antigua Medicina. Carta Phillosophica Medica Chymica Escripita, por el Dtor. D. Juan de Cabriada. A Fileatro. Sobre la Enfermedad de un Grande de la Corte (Año, 1686)*. Paratextos de 1686. En las páginas que siguen daremos el título abreviado y con la grafía actualizada: *Carta Filosófica Médico-Química*. Hemos actualizado la grafía de los textos, así como la colocación de algunos signos de puntuación.

<sup>4</sup> *ibid.* 64

<sup>5</sup> Este libro forma parte del *corpus* de textos sobre una conocida polémica existente en torno al uso o desuso de la sangría, desde mediados del siglo XVII. Gonzalo Bustos (*Monstruo horrible de Grecia, mortal enemigo del hombre* Valencia, 1665, 1675, 1686) rechaza la práctica de la sangría (tal como hacían los galenistas), y fue apoyado por Juan Nieto (*Disputa epidémica*, 1685). El movimiento antigalenista estaba representado, entre otros, por: Luis Alderete, quien propuso la medicina universal o agua de vida (irritando al protomedicato) y por José Lucas Casalet (padrino de profesión de Cabriada) que fue denunciado por sus compañeros de Zaragoza por enfrentarse al escolasticismo médico. Estos se toparon de frente con Andrés Dávila y Heredia que se erige en defensor a ultranza del galenismo tradicional y agrupa a sus adversarios bajo la denominación de «modernos». La polémica se reaviva con la publicación en 1687 de *Duae controversiae* de J. Lucas Casalet y con la *Carta* de Juan de Cabriada. Ese mismo año aparecerá la respuesta del «Aduanero enmascarado» (probablemente Dávila): *Respuesta que la medicina dogmática y racional da al libro que ha publicado el Doctor D. Juan de Cabriada*. Cfr. J. LLUIS BARONA, «Las tercianas de su Excelencia: El debate entre tradición y modernidad en la medicina española del seiscientos», *Idee* 23, 49-66; 49. El autor ofrece una interpretación sistemática de la polémica.

<sup>6</sup> De Cabriada, *Carta Filosófica Médico-Química*, 97.

<sup>7</sup> *ibid.*, 97-98. Cf. T. SYDENHAM, *Observaciones médicas*, Madrid, CSIC, 82: «Qué, pregunto, pueden hacer el calor, el frío, la humedad o la sequedad o algunas otras de las cualidades segundas que de ésta dependen, para la curación de una enfermedad cuya esencia no consiste en ninguna de estas cosas».

Así como también se hace referencia a alimentos concretos en los textos siguientes, que son propuestos a título de ejemplo para verificar —desde la experiencia ordinaria— las nuevas doctrinas (por las que Cabriada se interesa) sobre las sales, la fermentación o el atomismo. Una lectura precipitada de estos pasajes podría llevar a ignorarlos considerando que se trata de cuñas poco significativas; sin embargo, el examen atento de los mismos revelará que desempeñan una función epistémica central en la *Carta*, donde los ejemplos concretos constituyen legítimos argumentos de experiencia que permiten confirmar o falsar y corregir lo que la tradición médica había defendido al respecto.

Así pues, examinemos la función de los alimentos en los citados pasajes.

### 1. De lo que hablan las palabras y de las palabras con las que se habla en la medicina

Los textos que siguen dejan de manifiesto la modernidad de Cabriada frente a la oscuridad del galenismo escolástico. En el primero de ellos la cualidad cálida y penetrante del aguardiente en la boca es explicada desde la teoría atomista y no por el recurso a la doctrina aristotélica de las cualidades de los cuerpos:

Esto lo confirma el experimento siguiente: Si tomamos en la boca media cucharada de espíritu de vino o de aguardiente refinado, que no es otra cosa que un aceite vegetal, parece que se nos quema la lengua y la boca. Y es la razón porque las partículas sulfúreas que le componen, se como inflaman y dividen; y sus átomos, movidos y agitados, penetran los poros de la lengua y fauces, de donde nace sentir el calor y ardor dicho<sup>8</sup>.

En el segundo extracto la razón del sabor ácido o del carácter insípido de la fruta tampoco depende de las supuestas cualidades del producto, sino de los procesos de fermentación:

Asimismo se confirma esto: porque si consideramos la fruta recién salida de la flor del árbol, la

hallaremos con un sabor sonso, ingrato sin nada de acidez; pero si dentro de un mes o dos que los rayos de sol la han fomentado y que las partes salinas han podido adquirir algún dominio la gustaremos, la hallaremos con una acidez pungente, hasta que las partes sulfúreas y espirituosas se van desenvolviendo y supeditando a las salinas, que entonces cesa el sabor ácido y comienza a madurarse el fruto. De donde queda probado: Que todo ácido trae su origen de la prosapia salina<sup>9</sup>.

El tercer texto establece una concomitancia de tipo causal entre los picantes y el vino por una parte y sus efectos (destemplanza, fiebre) sobre el cuerpo humano por otra. Aquí es la nueva doctrina de las sales la que proporciona el fondo del argumento:

Y así, cuando un hombre, por exceso de vino, de guisados picantes, o grandes aplicaciones de espíritu y pasiones del alma, ha cargado su sangre de partes acres y sulfúreas (...) de ordinario sienten ardérseles las manos, y un calor y destemplanza grande (...) <sup>10</sup>.

Los ejemplos se incrementan en las páginas siguientes, por ejemplo, al conectar la sensación subjetiva de frío con la ingesta de alimentos refrigerantes y poco vino, y la sensación de calor con la ingesta de comidas picantes y mucho vino. Mas lo que importa para nuestro propósito es que estos fenómenos son explicados en función del grado de alcalinización de la sangre y no en relación con las supuestas cualidades de los cuerpos, defendidas por el galenismo aristotelizante. Con todo, el médico novator no renuncia del todo al vocabulario común, donde los términos empleados designan ciertas propiedades percibidas de los cuerpos<sup>11</sup>. Consciente de haber utilizado términos como *caliente*, *frío*, *seco*, *húmedo*, Cabriada se justifica: «Uso de estos términos, para darme mejor a entender, y evitar las disputas»<sup>12</sup>.

En sentido similar hay que tomar la mención al carácter febrífugo de la pimienta, evocando en este caso la memoria de Galeno que la utilizó para vencer la fiebre (disuelta en compuestos de ingredientes cálidos). Ahora bien, esta concesión al galenismo es puntual<sup>13</sup>, y proporciona a Cabriada la ocasión para

<sup>8</sup> De Cabriada, *Carta Filosófica Médico-Química*, 187

<sup>9</sup> *ibid.*, 144

<sup>10</sup> *ibid.*, 157

<sup>11</sup> El protomedicato (creado en el siglo XV y consolidado con Felipe II) es la institución que controlaba el ejercicio de la medicina en el siglo XVI. En los siglos XVI y XVII convivió la *medicina académica o racional* con la medicina no reglada. Entretanto la medicina española no permaneció al margen de las innovaciones de los países vecinos. Los novatores estuvieron en contacto con médicos franceses e italianos y pudieron acceder a las publicaciones científicas centroeuropeas e inglesas. Si bien este acercamiento se produjo menos en los focos Universitarios que en centros como las Academias, Tertulias y Sociedades, que, protegidas por los nobles, o el mismo rey, constituyen una manifestación proto-ilustrada. Juan de Cabriada propuso la creación de una institución que se presenta como alternativa a la Universidad. Se trataba de la *Regia Societas Hispalensis*. En 1693 Juan Muñoz renuncia a su cátedra y funda la *Tertulia Hispalense*. Allí se enseñaba a otros médicos ya revalidados y eran muy experimentales. Carlos II firmará en 1700 las constituciones de la Sociedad Regia de Sevilla; la de Madrid no llegará hasta mediados del siglo XVIII (1734). Cf. M.L. LÓPEZ TERRADA, «La realidad de la práctica médica», *Dynamis, Acta Hispanica ad medicinae scientiarumque historiam illustrandam*, n° 22, 21-28; A. MESTRE, «Crítica y apología en la historiografía de los novatores», *Studia Historica: Historia Moderna*, vol 14, 1996, 45-62; A. MESTRE, «Los novatores como etapa histórica», *Studia Historica: Historia Moderna*, vol 14, 1996, 11-13; J. RIERA, *Protomedicato, humanismo y medicina en Castilla*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002.

<sup>12</sup> De Cabriada, *Carta Filosófica Médico-Química*, 161.

<sup>13</sup> De quien dice que «tenía más dilatada medicina que la que hoy se usa por los más», *ibid.*, 214. A continuación, Cabriada describe el remedio, compuesto de pimienta, mirra, vino y agua, utilizado como febrífugo en las cuartanas. Aunque él dice preferir la quinaquina de la que hace un encendido

hacer el elogio de la moderna quinaquina cuya eficacia es reconocida en las páginas finales de la *Carta*.

Así pues, estos pasajes desempeñan en la economía de la *Carta* una función más epistémica que propiamente médica, en la medida que los alimentos mencionados son propuestos —antes que como remedios— como ejemplos de experiencia que permiten confirmar desde la experiencia común las nuevas doctrinas físico-químicas sobre las que se asientan la fisiología y la fisiopatología modernas.

Hasta aquí la presentación de los pasajes de la *Carta* que contienen referencias directas a los alimentos. A la vista de los cuales hay que preguntarse: ¿Cómo deben ser interpretadas estas alusiones? ¿Qué significa el hecho de que Cabriada no sea más espléndido en lo tocante al uso de alimentos para la conservación de la salud o como remedio para ciertas enfermedades? La presencia poco generosa de este *locus* —frecuente, sin embargo, en la medicina tradicional—, ¿está indicando algo en relación con el espíritu moderno que inspira la *Carta*?

El examen crítico de los textos en su contexto dará respuesta al primer interrogante. Mientras que para satisfacer las otras cuestiones proponemos dos hipótesis. La primera es que en la *Carta* no se da un catálogo detallado del uso médico de los alimentos debido a la modernidad del libro. La segunda razón es que la medicina *nova*, asociada a las modernas doctrinas físico-químicas, recupera la autoridad de Hipócrates segregándolo de la tradición galénico-avienista de corte escolástico y academicista.

En efecto, la dietética como práctica médica que discierne los alimentos saludables de los nocivos, resulta insuficiente en el marco moderno. Y no puede ser de otro modo. Porque la nueva medicina se edifica sobre observaciones empíricas y el conocimiento científico de las *cosas naturales*, es decir, de cuerpos con propiedades explicadas desde el atomismo, la doctrina de las sales o la teoría de la fermentación<sup>14</sup>, lo que vuelve obsoleta la clasificación estática de los alimentos en saludables y nocivos a partir de sus cualidades (calientes-fríos, secos-húmedos), como había defendido la tradición galenista<sup>15</sup>.

En segundo lugar, conviene recordar que la medicina hipocrática mentada por Cabriada obligaba a tener presente al prescribir el tratamiento la constitución física del enfermo, su temperamento, la estación del año, etc. De manera que no existen los remedios absolutamente universales, ni el queso o el vino son *per se* alimentos nocivos. La prescripción hipocrática tiene mucho de *kairótica* porque invita a considerar

la cantidad, el cómo, el cuándo, el dónde y el quién, ordenando la prescripción personalizada de los remedios y de los alimentos. Por ello, la voluntad de recuperar a este Hipócrates más «puro» por parte de Cabriada es opuesta a las listas de alimentos saludables y nocivos. Por otra parte, Juan Cabriada, médico moderno, se presenta como alguien abierto a los descubrimientos de la actual e innovadora medicina europea, pero también como alguien que respeta la autoridad de la genuina medicina hipocrática basada en la observación antes que en principios filosóficos o en los libros solos (vicio en el que cayó el galenismo tardío). Esto explica el subtítulo —«por la Nova-Antigua Medicina»— incorporado a la *Carta Filosófica, Médico-Química* donde queda en evidencia la perspectiva conciliadora adoptada por el autor.

Ahora bien, la audacia del novator y el alarde de originalidad de la *Carta* quedan perfectamente reflejados en su voluntad de desplazar a la medicina el procedimiento analítico-sintético (separar y unir) utilizado por la química moderna. Cabriada separa en la tradición hipocrático-galenica la ganga de la veta; es decir, distingue el galenismo (que él estima turbio, confuso, dogmático y entremezclado con principios escolásticos) de la auténtica medicina hipocrática basada en la observación anatómica y en un enfoque empírico de corte baconiano. El destroncamiento de Hipócrates respecto a la tradición galenista (con la que había convivido durante siglos) dará lugar a la implantación en España de un movimiento de renovación del padre de la medicina antigua (junto con Demócrito y Platón, y frente a Aristóteles y la escolástica) desde finales del siglo XVII hasta mediados del siglo XIX. Por ello en la *Carta* —además de citas y paráfrasis de textos de Hipócrates— hay referencias explícitas a tratados de médicos hipocráticos, como los *Comentarios de Hipócrates* de Antonio Ponce de Santa Cruz, así como el *Hipócrates chymicus* de Otton Tachenius(s. XVII)<sup>16</sup>, la *Antiquissimae Hippocraticae Medicinae clavis* (Francfort, 1669) del mismo autor; y las *Observationes medicae* de Tomas Sydenham, conocido como el «Hipócrates inglés»<sup>17</sup>. Este movimiento de recuperación del hipocratismo cobrará un importante auge en la España del siglo XIX; siendo buen ejemplo de ello el académico Tomás Santero, autor de una *Vindicación de Hipócrates y de su sistema* (Madrid, Rojas, 1859), y director de la *Colección completa y comentada de las obras del grande Hipócrates*. Los títulos mencionados son algunos de los libros más emblemáticos que forman parte de aquella corriente de regeneración del padre

elogio (*ibid.* 222).

<sup>14</sup> Sobre la fermentación en el siglo XVII: No estamos ante la teoría de la fermentación al modo de Louis Pasteur, sino de fermentación como una reacción o proceso químico. Pues hasta mediados del siglo XIX, con Pasteur, la fermentación no será explicada por medio de microorganismos. Aquí el término *químico* significa un proceso complejo llamado *fermentatio*, conocido por Paracelso y van Helmont, según el cual la digestión o transformación de los alimentos no es provocada por el calor sino por un ácido. Cf. R. A. RODRIGUEZ, *La introducción de la medicina moderna en España*, Sevilla, Altar, 2005, 3.

<sup>15</sup> Cabriada se hace eco de las nuevas doctrinas físico-químicas en diferentes lugares de la *Carta*. Por ejemplo, en las páginas 40, 57, 59-60, entre otras.

<sup>16</sup> *ibid.*, 108-109, 154.

<sup>17</sup> Este médico es también citado por Cabriada, quien añade sus comentarios en la extensa Nota marginal 174 (*Carta Filosófico Médico-Química*, 219).



de la medicina. Por lo demás, no está de sobra señalar que hay una gran abundancia de representaciones del médico griego en la pintura moderna, entre las cuales son famosas la de Rubens (s. XVII), la de A. Louis Girodet (s. XVIII) y la de Willian Waterhouse (s. XIX).

Sin duda que la *Carta* deja traslucir la voluntad conciliadora de Cabriada, uniendo lo mejor de la tradición hipocrática (su espíritu de observación y experimentación) con las innovaciones físico-químicas. Lo que nos lleva a intuir cierta semejanza de aquel espíritu con Thomas Sydenham en su *Philosophia vetus et nova*. Juan de Cabriada actúa como el alquimista que une y separa los metales para transformarlos, o como el químico que provoca reacciones de fermentación uniendo y separando las sustancias. Más aún, me atrevo a sugerir que el médico novator obra ¡como el autor de una «cocción» de materiales procedentes de Hipócrates con los modernos principios físico-químicos para procurar el sustento mejor a la nueva medicina, la «verdadera» y científica!

## 2. La *Carta* de Cabriada, a caballo entre la genuina tradición hipocrática y la medicina moderna

Un tema es debatido explícitamente en el texto: la conveniencia de recurrir a las sangrías como remedio para las tercianas. En el caso clínico expuesto por el portavoz de la nueva medicina experimental<sup>18</sup>, se prescribe como tratamiento —para vencer las tercianas del Conde de Monterrey— purgar el intestino utilizando evacuantes y corroborantes, en tanto que la Junta Médica (que representa a la medicina tradicional de base metafísica) ordenaba extraer la sangre del enfermo practicando por sistema las sangrías. Al parecer, la Junta venció<sup>19</sup>. Acaso uno de los motivos que pudieron llevar a Juan de Cabriada a escribir la *Carta* fuera el de mostrar a la opinión pública las razones de su elección terapéutica. De tal manera que, frente a los que defienden la autoridad del galenismo (solo *Galeno*), él apuesta por las novedades teórico-prácticas ya experimentadas en el resto de países europeos. En este proceso Hipócrates actuará —una vez separado de la tradi-

ción galénico-avicenista y parcialmente depurado— como catalizador de la nueva medicina.

Es así como las doctrinas físico-químicas introducen en la *Carta* cambios categoriales que facilitan explicaciones fisiológicas, fisiopatológicas y farmacológicas de nuevo cuño. En lo que sigue, daremos cuenta de algunas de estas transformaciones poniéndolas en relación con la cuestión de los alimentos.

Ante todo, la que afecta a la etiología de la enfermedad. El primer movimiento realizado por Cabriada para desconectar la medicina científica de la filosófica tradición galenista va dirigido a identificar la causa de las tercianas. En numerosos pasajes se especifica que esa causa no es el humor cólera o la bilis sino una materia flecosa, gruesa, viscosa y cruda provocada por las fermentaciones preternaturales de los alimentos en el proceso digestivo<sup>20</sup>. Y corrobora lo dicho apelando a la autoridad del médico griego:

Por todo lo dicho, se reconoce ser verdaderísima la opinión de Hipócrates de que las enfermedades, y por consiguiente las calenturas, no tienen por causa a las primeras cualidades, sino a las diversas fermentaciones que se originan de lo ácido, de lo salado, de lo amargo, etc.<sup>21</sup>.

Cabriada no vacila en parafrasear el hipocrático *De veteri medicina* para reforzar su tesis<sup>22</sup>, mientras proclama una vez más que su método combina los principios hipocráticos con los modernos:

Y para llegar al puerto de la verdad:(...) me valdré, como de norte y guía, de la doctrina de Hipócrates, afianzándola con los seguros fundamentos de la razón y experiencia. Este grande autor pues, en el libro de la *Antigua Medicina* impugna la opinión de los antiguos: (Cuánto mejor pudiera impugnar la de algunos médicos de esta Corte; pues todo lo reducen a destemplanzas calientes y a hígado encendido) que decían que las enfermedades y las calenturas se originaban de las primeras cualidades; esto es, del calor, la frialdad, etc. Y contra estos clama Hipócrates: (...) <sup>23</sup>.

Ahora bien, esta reapropiación del médico griego tiene un coste: su segregación de la tradición galenis-

<sup>18</sup> De las tres «Aprobaciones» que acompañan a la *Carta Filosófica, Médico-Química*, la primera es de Antonio de Ron, un cura que frecuentaba las tertulias científicas y que era seguidor del empirismo de Bacon; la segunda es de Lucas de Casalet, que proclama y elogia el contenido moderno de la obra; y la tercera procede de Dionisio de Cardona que demanda libertad para la medicina y la filosofía, subraya el protagonismo de la experiencia así como la necesidad de estar al día de los nuevos experimentos e innovaciones científicas que se realizan en el resto de Europa. Juan de Cabriada no está solo.

<sup>19</sup> Este conocido episodio nutre lo que podríamos llamar el debate purgas vs. sangrías, que ilustra a la perfección la complejidad de los debates científicos en el XVII y que puede ser analizado desde diferentes perspectivas. Si desde una perspectiva sociológica ese debate expresaba un conflicto generacional entre los grupos de médicos bien establecidos y los que intentan hacerse un hueco en el ejercicio de la profesión; en cuanto al contenido, la polémica alcanza un nivel técnico incuestionable, al que hay que sumar el interés literario de la *Carta*, cuya forma de polémica indicaría que ha sido pensada para su divulgación. Nuestro trabajo no pretende tratar los tres aspectos ni está centrado en las hipotéticas motivaciones de Juan Cabriada, sino que se ciñe al análisis del contenido del texto, siendo compatible -aunque matizándolas- con las interpretaciones de J. M. LÓPEZ PIÑERO, *Introducción de la ciencia moderna en España*, Barcelona, Ariel, 1986, 23; y de J. L. BARONA. «Las tercianas de su excelencia. El debate entre tradición y modernidad en la medicina española del seiscientos», *Idee*, 23, 1993, 49-66.

<sup>20</sup> De Cabriada, *Carta Filosófica Médico-Química* 98. Textos paralelos, en: *ibid.*: 6 y 181.

<sup>21</sup> *ibid.*, 136 «Donde se prueba con Hipócrates que las causas de las enfermedades no son las primeras cualidades» (*ibid.*, 103ss). Textos paralelos, en: *ibid.*, 114 y 198.

<sup>22</sup> *ibid.* 119 y 120.

<sup>23</sup> *ibid.*, 118.

ta aristotélico-escolástica. Por eso, al indicar que es la acidez —y no el calor— lo que engendra las crueldades que provocan las fiebres tercianas, el novator enfatiza el contraste entre la fecunda aportación de Hipócrates y el error de los galenistas:

Que la causa de la calentura era un calor extraño, que se introducía en el corazón y en la sangre preternatural al cuerpo: (*A esta opinión, más que a la Hipocrática, siguieron Galeno y Avicena*). Pero Hipócrates penetrando más adelante y con mayor claridad en los secretos de la naturaleza, juzgó no ser cierta y que este calor no era la causa de la calentura, sino el ácido, el amargo, el salado, el acervo, etc. Y así lo dice contra sus mayores en el Libro de la *Antigua Medicina*<sup>24</sup>.

La segunda novedad médica afecta a la fisiología desarrollada por él en el marco de la iatroquímica. Cabriada suscribe la hipótesis de Harvey (a la que califica de «sol de la nueva medicina») acerca de la circulación de la sangre; y no duda en elogiar a la moderna anatomía por su descubrimiento de estructuras corporales que eran desconocidas. Pero además el novator recurre a la teoría atómica, a la doctrina hermética de las sales y a la fermentación química<sup>25</sup>. Con estos nuevos fundamentos él explica la función fisiológica de la nutrición a la manera de Thomas Willis y del doctor Ponce de Santa Cruz. La digestión es considerada como un proceso orgánico en dos fases: primero la boca mastica el alimento preparándolo con la saliva (trituration) y cae al estómago que tiene forma de retorta con un tubo. Ahí tiene lugar la «primera fermentación» del alimento, ayudado por los jugos gástricos. Separación y unión: en esta primera etapa se produce la fragmentación del alimento ingerido en diminutas partes (*disolución*) y la formación de una sustancia líquida de color blanco llamada quilo (*chylo*). En la segunda fase del proceso digestivo, el quilo pasa al intestino duodeno para su destilación. Ahí tiene lugar la «segunda fermentación» (unión y separación) en concurrencia con el jugo pancreático y el jugo biliar, como resultado de la cual las heces se precipitan hacia abajo (como sucede con los posos del vino) mientras que las partes finas entran por las boquillas de las *venas lácteas*, empujadas por el

movimiento peristáltico de los intestinos. El proceso digestivo finaliza con la «sanguificación» del suero, cuando las venas lácteas que hay en el receptáculo de quilo, llamado De Pequeto (por Johan Gallum Pequetum, 1651) transportan la materia al conducto torácico (*ducto torácico*)<sup>26</sup>. Desde ahí alcanza las subclavias donde se mezcla con la sangre hasta que —debido a la circulación— llega al corazón donde se hará «sangre perfecta»<sup>27</sup>.

Así pues, el hígado solo no sanguifica ni su función es tan importante como pensaban los médicos galenistas<sup>28</sup>. El papel del hígado, para Cabriada, es el de separar de la sangre algunas de sus partes; pero el órgano que perfecciona el proceso de sanguificación (fin último de la digestión) es el corazón. De tal manera que la sangre es el bálsamo vital del organismo. Así pues, la moderna anatomía hace posible una explicación más detallada y sistemática de la digestión-sanguificación gracias a la físico-química.

Separar y unir: dos acciones fundamentales en la *Carta* que llevará a considerar la química como el arte de disolver los cuerpos naturales y de coagular los disueltos separando lo puro de lo impuro para componer medicamentos saludables, seguros y gratos<sup>29</sup>. La química es calificada como el arte de anatomizar (*anatomatizar*) la naturaleza separando lo útil de lo nocivo y sirviéndose de lo uno para expulsar lo otro. Ese «cuchillo químico» que separa las partes gruesas de la materia mineral, vegetal y animal para su aprovechamiento en forma de sales de antimonio, mercurio y extractos (nuevos purgantes menos fuertes y peligrosos que los antiguos y de mejor sabor) proporcionará el fundamento físico-químico a la medicina moderna frente a la autoridad de los libros solos. Esto explica la alta consideración en que el novator tiene a la química, al calificarla de «verdadera» *filosofía natural*<sup>30</sup>.

La tercera innovación fisiológica de la que Cabriada deja constancia en la *Carta* concierne a la naturaleza de la sangre y, por fin, a la causa de las tercianas, lo que lo alejará definitivamente del galenismo. La sangre era para la interpretación galenista un líquido heterogéneo compuesto de los cuatro humores. Por el contrario, nuestro médico —siguiendo también en esto a Santa Cruz y a Willis— considera que la sangre es un

<sup>24</sup> *ibid.* 146. Subrayado nuestro.

<sup>25</sup> *ibid.*, 142.

<sup>26</sup> Denominadas así debido al color del líquido que transportan: linfa, saliva etc.

<sup>27</sup> La fisiología galénica explicaba, en cambio, la digestión del siguiente modo: El quilo o alimento transformado en el estómago llega por la vena porta hasta el hígado donde se transforma en sangre venosa oscura por unirsele el pneuma natural. Esa sangre nacida en el hígado se distribuye por el organismo gracias a las venas haciendo posible la nutrición de los tejidos. La sangre venosa llega por la vena cava al lado derecho del corazón. La mayor parte de esa sangre pasa a los pulmones pero una pequeña parte pasa al lado izquierdo (sudar) del corazón y allí se impregna de sangre roja que se distribuye por las arterias. La sangre arterial llega a la *rete mirabilis* (en la base del cerebro) donde se produce el pneuma psíquico que se distribuye por el sistema nervioso. No se piensa —al modo de Harvey— en que la sangre sea impulsada por el ventrículo izdo. a través de la aorta y regresa a la aurícula derecha tras circular en el interior de la vena cava.

<sup>28</sup> Lo que constituye una notable diferencia con la función del hígado en Galeno como órgano esencial del proceso de sanguificación. Cf. GALENO, *De la utilidad de las partes del cuerpo*, libro IV, cap. VIII. El hígado es un órgano que rodea el estómago para mantenerlo caliente y poder facilitar la cocción. La propia carne del hígado es el primer órgano de sanguificación y principio de las venas (*ibid.*, libro IV, cap. XII). El páncreas tiene como función purificar los humores terrosos y sucios, espesos y llenos de bilis negra que se engendran en el hígado. Cfr. GALENO, *Sobre las facultades naturales*, Libro II, cap. IX y Libro III, cap. XIII. La fisiología galenista es rechazada por Juan de Cabriada.

<sup>29</sup> De Cabriada, *Carta Filosófica Médico-Química*, 35

<sup>30</sup> Cabriada cita expresamente el *Florilegio Hipocrático-galenico-químico*, lib. 4 cap 9 y cap. 1.

líquido homogéneo formado por una parte sulfurosa, otra espirituosa, otra salina, otra acuosa y otra térrea. Esta doctrina procura el marco teórico a las calenturas, que son debidas al movimiento agitado de la sangre («preternatural») producido por un cocimiento incompleto e imperfecto de los alimentos (crudezas). Esto sucede cuando el quilo del enfermo, al pasar al suero sanguíneo, libera un exceso de átomos salinos y sulfúreos, que son los causantes de la enfermedad. Así pues, la verdadera causa de las tercianas son esas crudezas o imperfectas cocciones, provocadas por un exceso de acidez en la sangre. En esto el novator se declara seguidor de Helvecio, quien medía la salud y la enfermedad por la acidez del cuerpo. Y también coincide con Fr. Leboe *Sihvyo*, quien sostenía que la causa de las tercianas son las fermentaciones viciosas o preternaturales que tienen lugar en el intestino delgado por alteración de los jugos pancreático, biliar y linfático<sup>31</sup>. Cabriada escribe:

Que así como la conservación de la salud depende de la conveniente fermentación que se celebra en las partes de nuestro cuerpo, así la falta de salud depende únicamente de los diversos vicios de estos fermentos, que degeneran en una naturaleza más acre, más ácida, más salada, más amarga, o en otros vicios<sup>32</sup>.

La doctrina química de la fermentación se sustenta a su vez sobre la química de las sales<sup>33</sup>, cuyo principio y fundamento es la llamada «sal original» distribuida en los diversos alimentos (carne, pescados y vegetales). De acuerdo con Flud, la causa de las enfermedades es la alteración de la proporción alcali-ácido que define a cada cuerpo, así como la excesiva acidez de las sales en el cuerpo. Y, dado que las sales que producen la fermentación se acompañan de calor, entonces la frialdad y la humedad nacientes no pueden ser la causa de dicha acidez, sino nuevos efectos<sup>34</sup>.

Esta afirmación, clave de la nueva medicina, será desarrollada *in extenso* en el capítulo «Examínase el vicio de las crudezas», en el cual Juan de Cabriada se adhiere a la tesis de la acidificación del cuerpo defendida por F. de Leboe Sylvio y por T. Willis:

Y esto es a lo que Willis llama: Adquirir flúor los sales, que luego en ese estado son acidísimos, como se ve en el nitro, en el vitriolo, en el de Marte, en el sal marino, en el común, en el sutil, etc. que por la desti-

lación, adquiriendo flúor, o aquella división de átomos dan un espíritu acidísimo<sup>35</sup>.

Ahora bien, lo verdaderamente llamativo no es la confianza otorgada por el novator a la moderna medicina físico-química, sino su recuperación de Hipócrates, cuyos textos son empleados para corroborar esas innovaciones. En el *De veteri Medicina* se señalaba que la causa de las enfermedades son los vicios ácidos que tienen lugar en la sangre<sup>36</sup>, lo mismo que Cabriada explicará por medio de las propiedades químicas:

La razón es, por lo que dice Hipócrates: que hay en nosotros el ácido, como es la linfa, y el jugo pancreático; hay el amargo, como es la cólera; hay el salado, como es la sangre; hay lo alcali volátil, como es lo espirituoso. Pues como estos licores, de diversas naturalezas y aptos para fermentar, se entremezclan y encuentran dentro de las venas, de ahí se sigue la fermentación y el movimiento circular de la sangre...<sup>37</sup>.

De todo lo anterior se sigue que las tercianas tienen como causa interna la excesiva acidificación de la sangre (que es de naturaleza alcálica), la cual se origina en las fermentaciones preternaturales del intestino duodeno<sup>38</sup>. Por consiguiente, los remedios que hayan de aplicarse dependerán también de la fisiopatología química basada en la fermentación.

### 3. El tratamiento contra las tercianas y el uso de los alimentos

Una vez considerada la fisiología de la nutrición en relación con la causa de las tercianas —gracias a los principios experimentales físico-químicos, confirmados desde la medicina hipocrática—, Juan de Cabriada prescribe remedios que lo alejan definitivamente de la tradición galenista. En efecto, como la causa de las fiebres no son las primeras cualidades de los alimentos, sino las crudezas provocadas por una fermentación extremadamente ácida, el tratamiento que se ordene deberá también estar basado en una farmacología química<sup>39</sup>. El novator cita en este punto una vez más a Hipócrates (*De morbis*); y subraya que, para vencer a las fiebres tercianas, hay que llevar a cabo una triple acción: primero disminuir el grado de acidez de las crudezas, después expurgar el producto atomizado y finalmente regenerar

<sup>31</sup> De Cabriada, *Carta Filosófica Médico-Química*, 110.

<sup>32</sup> *ibid.*, 112

<sup>33</sup> Según esta doctrina la tierra atrae al aire y lo germina, los animales la toman a su vez de la tierra y el hombre lo tomará luego de los vegetales y animales. La sal volátil original se distribuye en carnes, pescados y trigos (*ibid.*, 141 y 108)

<sup>34</sup> *ibid.*, 58.

<sup>35</sup> *ibid.*, 143.

<sup>36</sup> *ibid.*, 114. El autor cita expresamente el Aforismo 47 de la sección II (*ibid.*, 167, Nota marginal 148.

<sup>37</sup> *ibid.*, 180.

<sup>38</sup> *ibid.*, 136.

<sup>39</sup> *ibid.*, 171, 195, 199-202, 232; y 98, 173, 200. La base natural de las plantas sigue estando presente en los remedios, pero esa materia se trabaja según métodos químicos. No podemos sin embargo imaginar aquellos productos en los términos de la tecnología actual.

el estómago<sup>40</sup>. Para conseguir este triple propósito hay remedios nuevos más eficaces que los galénicos, y sobre todo está la quinaquina, cuyos efectos como febrífugo y purgante son celebrados en las últimas páginas de la *Carta*.

Una vez más Hipócrates es mencionado con veneración, incluso si su método para la curación de las tercianas se basaba más en la corrección que en la evacuación. Pues: «las acrimonias e intemperancias de los humores (y también de la sangre) se curan reduciéndolas a su natural estado por atemperación; esto es, por la corrección del vicio acre»<sup>41</sup>. La figura del griego es glorificada con ocasión de los nuevos fármacos a base de sales:

Este método de curar las enfermedades, es la cierta [medicina] hipocrática (no la que solo atiene a las primeras cualidades y a sus destemplanzas, como se ha visto). Esta es la verdadera, la natural, la antiquísima: la que Pitágoras y Platón aprendieron en Egipto; la que tuvo escondida Demócrito; la que después reveló a Hipócrates...<sup>42</sup>.

De esta manera y en estos términos queda delimitado el marco teórico-práctico de la *Carta Filosófica, Médico-Química*: Cabriada conoce bien el lenguaje de la medicina galenista, pero se propone sustituirlo por el nuevo lenguaje científico. Imbuido de un espíritu moderno reconsidera el estatuto y función de los alimentos desde la nueva medicina de base físico-química. Los textos reunidos en las páginas iniciales del presente trabajo remiten, en esencia, a la acidificación excesiva de las frutas en verano y otoño. Lo que se dice en ellos sobre los pepinos, la leche, y lo que los galenistas llamaban cosas frías y húmedas, es que todos estos productos fomentan las fermentaciones preternaturales, lo mismo que sucede con los alimentos fríos y las legumbres. Por el contrario, la pimienta, el ajo y las comidas cálidas, las codornices y perdices (llamados por la tradición ali-

mentos cálidos y secos) corrigen la acidez porque son de naturaleza alcalica<sup>43</sup>.

Bien mirado, si se prescinde del contenido significado, resulta que en la *Carta* aparentemente no hay novedad en lo que al uso de los alimentos se refiere. Se trata de recomendaciones conocidas, análogas a las que figuran en los *Aforismos de Hipócrates* o en el Capítulo *Áureo de Avicena*<sup>44</sup>. Ahora bien, la cláusula condicional es muy importante para nuestro propósito. Pues Cabriada conoce y entiende las claves aristotélicas de la medicina galénico-avicenista, pero no está dispuesto a suscribirlas. Él desarrolla —como hemos mostrado— la fisiología de la nutrición desde la doctrina de la fermentación y la teoría las sales, lo que obliga a combatir las tercianas corrigiendo las fermentaciones ácidas y regenerando la primera región del estómago (y no por el recurso sistemático a las sangrías). Después habrá que expurgar la flema, equilibrar la acidez y frenar los excesos de la «segunda fermentación», regenerando de este modo el intestino. ¿Cómo?

La *dietética* hipocrática recomendaba los bizcochos mojados en vino<sup>45</sup>, y además prescribía el ayuno así como también las infusiones a base de raíces de pentaflón (o cinco en rama)<sup>46</sup>; los galenistas usaban el eléboro (*heléboro*), que es venenoso, y el jarabe áureo que resulta insuficiente<sup>47</sup>. Juan de Cabriada prefiere los compuestos químicos: en concreto, la quinaquina por sus efectos febrífugos y evacuantes<sup>48</sup>, el agua de hinojo, el agua de vida, la sal volátil de ámbar, los vomitivos, las sales volátiles, y los opiatos.

En resumidas cuentas: La dietética (la ingesta de determinados alimentos y la exclusión de otros) puede prevenir las tercianas. Pero, una vez contraída la enfermedad, será necesario y suficiente el empleo de remedios químicos de sustancias cuyas propiedades tienen que ver con el grado de acidez-alcalinidad. Esto no puede ser realizado por cualquiera, antes bien se requiere el conocimiento de un especialista, o técnico, capaz de preparar aquellos remedios especí-

<sup>40</sup> *ibid.* 195-196. Y en concreto es pertinente el capítulo titulado «Indicaciones curativas de las tercianas». Cf. Sydenham, *Observaciones médicas*. El médico inglés seguía a Hipócrates al definir la enfermedad como el esfuerzo de la naturaleza para vencer al mal. En el caso de las tercianas se distinguen tres etapas: los escalofríos, la ebullición y la despumación del mal. Los remedios deben ser suaves y basados en plantas; y además hay que complementarlos con remedios específicos al modo de Paracelso. Sangría, régimen, pomadas evacuantes y equitación, eran algunas de sus recomendaciones. Cabriada excluye la práctica sistemática de la sangría.

<sup>41</sup> *ibid.*, 66.

<sup>42</sup> *ibid.* 202-203.

<sup>43</sup> *ibid.*, 147 y 214.

<sup>44</sup> Concretamente, el *Aforismo* 79 del Libro IV, establece la formación de piedras no sólo en la vejiga, sino también en otras partes del cuerpo como el hígado o los intestinos. Por su parte, el denominado *Capítulo Áureo* de Avicena ordenaba: «como si lo que se comió fueron cosas frías, pongamos por ejemplo, pepinos y calabaza, se corregirán con cosas cálidas como son ajos y puerros, y al contrario». De la importancia de esta tradición da cuenta, por ejemplo, la Edición de A. M. SEDEÑO (1699): *Traducción de los Aforismos de Hipócrates y del Capítulo Áureo de Avicena* (1699), Cuenca, Servicio de Publicaciones de la UCLM, 2002, 109.

<sup>45</sup> De Cabriada, *Carta Filosófica Médico-Química*, 44. También recomendaba el trifolio, el succo de Silvio, y el agua con vino.

<sup>46</sup> *ibid.* 47. Hipócrates recomendaba el ayuno (*Aforismos*, II, 17).

<sup>47</sup> A diferencia de la quinaquina que viene del Sudamérica, el eléboro es de origen europeo. Se utilizaba desde antiguo en las flechas envenenadas. Es venenoso aunque no es mortal. El jarabe áureo o de rosas pálidas tiene un sabor agradable, pero, según el médico novator, no es como dicen los galenistas una «red barredera»

<sup>48</sup> La quinaquina o polvos de Loja procedía de un árbol original de Perú y Ecuador. De ahí se extrae la quina, utilizada como febrífugo contra la malaria. Se obtiene en forma de polvo, extracto, tintura, jarabe y vino. También se usa exteriormente para curar heridas y úlceras. Este producto contiene alcaloides (de ahí su sabor amargo) y principios astringentes y taninos. Fue introducida por los jesuitas. Cabriada elogia este remedio como purgante, febrífugo, correctivo, evacuante y regenerante.



ficos. Todo ello ayuda a comprender la razón por la que la *Carta* de Cabriada —que incorpora al inicio una serie de recomendaciones dietéticas— guarde en sus páginas finales un expresivo silencio acerca del uso de los alimentos. El médico moderno no es Avicena. Y su libro quiere ser un tratado científico y no un librito de higiene. Los alimentos ni enferman ni curan a causa de sus supuestas cualidades frías o calientes, secas o húmedas. Antes bien,

Es, pues, constante que las plantas y los animales de que nos nutrimos (y de la misma manera todas las cosas) constan del principio fundamental de la naturaleza que es la sal, como lo muestra *la análisis chymica*<sup>49</sup>.

Permítasenos añadir dos reflexiones finales a modo de conclusión:

- Primera reflexión. Del ajo, de la pimienta y el vino al eléboro, y del eléboro a la quinaquina: la modificación de los remedios empleados contra las fiebres tercianas señala las grandes transformaciones de la medicina occidental hasta el siglo XVII, de Hipócrates al galenismo avicénico y de éste a la moderna medicina. En realidad, el debate sobre las fiebres tercianas —enfermedad conocida desde antiguo— ha sido para Cabriada la ocasión para enfrentar al galenismo —hegemónico en la España de su tiempo—, con la nueva tradición hermética, atomista y química basada en la observación y en la experimentación. En ese combate, la recuperación de Hipócrates —una vez liberado de Galeno y de adherencias medievales— es el arma secreta que contribuye a la victoria de la medicina moderna. Esto explica el subtítulo «por la

Nova- Antigua medicina» añadido por Cabriada al título de la *Carta*. También él está subido en los hombros de gigantes<sup>50</sup>.

- Segunda reflexión. Desde esta luz queremos matizar las interpretaciones de la *Carta* subsidiarias de una interpretación «oficialista» de la modernidad. Esta defiende —siguiendo lo establecido por Koyré y por Butterfield, entre otros— que la revolución científica fue una etapa coherente y homogénea de transformaciones radicales, que habrían evacuado de raíz las aportaciones de la tradición. Jacques Le Goff observa que «el término *novus* aparece (...) de forma casi obsesiva en varios centenares de títulos de libros científicos del siglo XVII»<sup>51</sup>. Desde reflexiones como ésta el apelativo *novator* aplicado al médico valenciano estaría más que justificado<sup>52</sup>; así como también lo está la consideración de la *Carta Filosófica, Médico-Química* (1687) como el manifiesto fundacional de la moderna medicina española<sup>53</sup>. Nuestro punto de vista sobre la medicina del siglo XVII no se siente cómodo ni con las lecturas radicales sobre la revolución médica, ni tampoco con el constructivismo según el cual son las diferentes prácticas las que habrían impulsado la aparición de nuevas teorías<sup>54</sup>. Mi hipótesis, razonada a lo largo de estas páginas, considera indiscutibles los rasgos «modernos» de la *Carta* de Cabriada, pero también tiene en cuenta el papel desempeñado por los conocimientos hipocráticos debidamente adaptados a las nuevas teorías.

Y en esto el tema de los alimentos ha resultado ciertamente esclarecedor.

## Bibliografía

- Barona, Josep Lluís (1993): «La tercianas de su excelencia: El debate entre tradición y modernidad en la medicina española del seiscientos», *Idee* 23, 49-66.
- Cabriada, Juan de (1687): *Carta Filosófica, Médico-Chymica. En la que se demuestra, que de los tiempos, y experiencias se han aprendido los Mejores Remedios contra las Enfermedades. Por la Nova-Antigua Medicina*, Madrid, Oficina de Lucas Antonio de Bedmar y Baldivia.
- Galeno, Claudio (2010): *Del uso de las partes*, trad. de M. López Salvá, Madrid, Gredos.
- Lain Entralgo, Pedro y Albarracín, Agustín (1961): Introducción a *Thomas Sydenham (1624-1689)*, Madrid, CSIC.

<sup>49</sup> *ibid.*, 138-139.

<sup>50</sup> *ibid.*, 152; 17 (Nota marginal 28).

<sup>51</sup> J. LEGOFF, «La ciencia moderna nació fuera de las universidades», 2.

<sup>52</sup> Al parecer, la denominación de novatores o renovadores podría deberse a Fray Francisco de Palanco en *Diálogo físico-teológico contra los novatores de Filosofía* (1714), dando al término novator un sentido inicialmente peyorativo. Después el término sería usado como reconocimiento de prestigio intelectual. Sobre la temática de los novatores, ver el volumen 14 de la revista *Studia Historica: Historia Moderna* (1996), que consagra a este asunto varios informes, realizados por Mestre, «Los novatores como etapa histórica», 11-13, Mestre, «Crítica y apología en la historiografía de los novatores», 45-62), F. LÓPEZ, «Los novatores en la Europa de los sabios», 95-111.

<sup>53</sup> López Piñero, *Introducción de la ciencia moderna en España* (1969) la consideró como el manifiesto fundacional de los novatores o renovadores (modernos). Los datos le permiten adelantar a la década de 1670 el nuevo espíritu, indicando que habría habido también renovadores en otros campos, como Isaac Cardoso: *Philosophia Libera* (1673); José de Zaragoza (1675); Juan Núñez: *El hombre práctico* (1680) y otros. López Piñero, en un artículo de 1993 titulado «Juan de Cabriada y el movimiento novator de finales del siglo XVII. Reconsideración después treinta años», *Asclepio* XLV (fac. 1), 5, considera que en el último tercio del siglo XVII se produce un movimiento de ruptura. Con Carlos II se da un cambio de coyuntura favorable a la renovación y a la orientación iatroquímica de los novatores.

<sup>54</sup> Para el constructivismo los informes que identifican la modernidad con las doctrinas físicas de Galileo, Descartes, Huygens y Newton serían sólo una parte, siendo determinante atender a las prácticas experimentales que han contribuido a la construcción de la teoría.

- Le Goff, Jacques (1998): «La ciencia moderna nació fuera de las universidades» [Recurso online, disponible en: <http://www.xtec.cat/~jortiz15/ciencia%20moderna.rossi.pdf>]; Consultado el 19/05/2016].
- López, François (1996): «Los novatores en la Europa de los sabios», *Studia Historica: Historia Moderna*, 14, 95-111.
- López Piñero, José María (1986): *La introducción de la ciencia moderna en España* Barcelona, Ariel.
- López Piñero, José María (1993): «Juan de Cabriada y el movimiento novator de finales del siglo XVII. Reconsideración después treinta años», *Asclepio*. XLV (fac. 1), 3-53.
- Lopez Terrada, Mari Luz (2002): «La realidad de la práctica médica», *Dynamis, Acta Hispanica ad medicinae scientiarumque historiam illustrandam*, nº 22, 21-28.
- Mestre, Ángel (1996): «Crítica y apología en la historiografía de los novatores», *Studia Historica: Historia Moderna*, vol. 14, 45-62.
- Mestre, Antonio (1996): «Los novatores como etapa histórica», *Studia Historica: Historia Moderna*, vol. 14, 11-13.
- Riera Palmero, Juan (2000): *Protomedicato, humanismo y medicina en Castilla*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- Rodríguez, Rafael Ángel (2005): *La introducción de la medicina moderna en España: Una imagen de nuestra renovación científica (1687-1727) desde la teoría de la Ciencia de Thomas Kuhn*, Sevilla, Alfar.
- Sedeño, Alfonso Manuel (1699): *Traducción de los Aforismos de Hipócrates y del Capítulo Áureo de Avicena*, Ed. Fac. a cargo de José Martínez y M<sup>a</sup> Teresa Santamaría (2002), Cuenca, Servicio de Publicaciones de la UCLM.